

## La propiedad del lenguaje

Cuéntanos Plinio el joven, muy por menudo, en una de sus deliciosas e instructivas Cartas (por desgracia casi desconocidas entre nosotros, como todo lo clásico), la vida que hacía durante el verano en una de sus cómodas y suntuosas quintas, y, de paso, nos da la completa descripción de la misma. Dícenos, entre otras cosas, que, además de su bien nutrida biblioteca, tenía en una alcoba o cubículo destinado a la siesta, unos cuantos libros, no para leer o estudiar seriamente, sino para hojearlos por pasatiempo, para lo que él llamaba con mucha propiedad *lectitare*, verbo frecuentativo de significación muy diversa de la de *legere* (leer). Esta precisión en el sentido de las voces era tan corriente entre los escritores clásicos, que ni por casualidad se tropieza en ninguno de ellos con alguno de los despropósitos que suelen leerse aun en autores de nota.

Los fundadores, o mejor dicho, creadores de nuestra lengua, nutridos en el espíritu latino y amantes de la claridad y precisión, imitaron a los clásicos y tomaron, de la lengua latina, no sólo el plasticismo de la misma, sino hasta su espíritu filosófico. No hay lengua, entre los romances, que más conserve el aire de familia con el idioma del Lacio. Los primitivos castellanos no sólo usaban las palabras en su verdadero sentido, sino que, en las voces de nueva formación, no se apartaban del espíritu vivificante del idioma. Por eso no se encontraban en la antigua lengua de Castilla las anomalías, tan frecuentes en otras, por ejemplo en la designación del género de las cosas.

Más aún, en este punto determinado, llegaron a donde no llegó ninguna otra nación latina, ni anglosajona, pues en los mismos objetos inanimados distinguieron con frecuencia un género masculino y un femenino. Así tenemos en nuestro vocabulario las palabras *cántaro* y *cántara*, *jarro* y *jarra*, *pera* y *perá*, *canasto* y *canasta*, *tambor* y *tambora*, y otras muchas, que no son simples caprichos a superfetaciones del lenguaje, sino verdaderas manifestaciones del espíritu filosófico que los guiaba. Cuando el objeto que se trataba de bautizar reunía caracteres propios del varón, es decir, era alto, esbelto, recogido, le

aplicaban nombre masculino: el *cántaro*, el *jarra*. Cuando, por el contrario, era bajo, de formas abultadas, de boca más ancha, le daban la denominación femenina: la *cántara*, la *jarra*. Fácil me sería multiplicar los ejemplos acerca de este punto no tratado, que yo sepa, por ninguno de los gramáticos. Otra prueba palpable de la propiedad con que hablaban nuestra lengua, son los refranes que, como hijos legítimos de la filosofía popular, cristalizaban el sentido exacto de las palabras e impedían que, como hoy ocurre, los mismos escritores las empleen a todas y a locas.

Obsérvense la precisión y propiedad de las palabras en los siguientes refranes: *Huélame a mí la bolsa, y hiédate a ti la boca; El ajuar de la tiñosa, todo albanegas y tocas; A bocado harón, espolada de vino; Madre ardidada saca hija tullida; El buey bravo, en tierra ajena se hace manso; Buey frontudo, caballo cascado; Buey viejo, surco derecho; Quebrásteme la cabeza, y ahora me untas el casco; Amigo, viejo; tocino y vino, añejo; etcétera, etcétera.*

¡ Con qué vigor y propiedad están empleados los calificativos! ¡ Cómo se establece perfectamente la diferencia entre los verbos *hacer* y *oler*, entre los adjetivos *viejo* y *añejo*, entre los sustantivos *albanegas* y *tocas*, y así sucesivamente! Por desconocer esta propiedad de nuestras voces, un distinguido escritor contemporáneo ha empleado no hace mucho, en un libro muy alabado, la palabra *almadraba* en vez de *albanega*.

Por lo demás, dicho escritor puede consolarse, pues son muchos, y no de los adocenados, los que le acompañan, lo mismo aquí que en la península y en otros países de la América española. A cada paso se encuentra usada, en muchos, la palabra *dintel* por *umbral*. El mismo Hartzzenbusch, ya académico, confesaba el error en que había estado acerca de esta palabra, que sigue triunfando y desarrollándose lozana, como toda mala hierba, a pesar de las censuras del mismo Hartzzenbusch, de Cuervo y de la Academia. Verdad es que hay no pocos académicos que contribuyen a agravar el mal con su ejemplo. En una gramática que tiene por autor a uno de los académicos más conspicuos, se emplean regímenes tan impropios de nuestra lengua como el siguiente: *más próximos del latín*; adverbios como *alante*, que no ha figurado nunca en el léxico oficial; calificativos que apesantan a francés, como *labio-dentales*, *linguo-dentales*, *palatales*, *mediopalatales*, etc., etc.

Y sin embargo se trata de un hombre de gran entendimiento y erudición, de vasta cultura y de mérito innegable; pero, por lo mismo, su ejemplo es doblemente pernicioso.

En otras dos obras también consagradas a la enseñanza de la lengua, debidas a escritores de menos fuste y fama, aunque también catedráticos, se observan los mismos errores en la clasificación del vocabulario, y aun otros de mayor cuantía.

Es prueba viviente de cómo se ha enseñado en estos últimos lustros nuestra lengua en las escuelas, y de la triste situación a que se ve reducida. Ahora bien, *si in viride hoc fit, in arido quid fiet?* ¿Cómo extrañar que la turba multa de los periodistas y la masa misma, no del pueblo, sino de las clases acomodadas, corrompan más y más nuestra lengua, lo mismo en la ortografía que en la prosodia y en el empleo de los vocablos? En documentos oficiales se leen: *gefe, telégrama, hectólitro, elejir, espléndido, expontáneo*, y otros muchos errores ortográficos, condenados en las gramáticas; oímos a cada paso pronunciar viciosamente dichas palabras y otras parecidas, como v. gr.: *vacío* (del verbo *vaciar*) a personas bien educadas; los comercios con sus anuncios que, por lo vistosos hacen resaltar más la falta o error, contribuyen a extender el mal, y en los libros de más boga hallamos ofensas contra la propiedad del lenguaje.

Hace siglo y cuarto, hacia 1791, la Real Academia Española abrió un concurso público para premiar la mejor composición que tuviese por objeto la *Apología de la lengua española*. El distinguido poeta Vargas Ponce, más conocido por su graciosa *Proclama del solterón*, escribió una *Declamación* que debería servir de texto escolar, contra *los abusos introducidos en el castellano*, y en la que dice, entre otras cosas:

“...Nuestro bello idioma  
Competidor del de la antigua Roma,  
Sujeto queda a dura servidumbre.  
Escríbenle sin regla ni euidado,  
Háblanle por costumbre;  
Sus delicados fueros no veneran,  
Nadie le estudia, todos le adulteran.”

¿Qué diría el insigne literato si escribiera hoy y viera nuestro idioma tan postrado y decaído que apenas puede hombrearse con el Esperanto? ¿Qué diría por su parte el Fénix de los ingenios, que en su glorioso siglo hablaba de la

“...lengua española vuelta algarabía”,  
y fustigaba donosamente a

“La nueva juventud gramaticanda  
llena de galicismos y quillotros”?

Y si Capmany, contemporáneo de Vargas Ponce, aseguraba en su época “que la mitad de la lengua castellana estaba enterrada, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces, hacía medio siglo que no salían a la luz pública”, ¿qué hemos de decir nosotros ante el alud (y no *avalancha*, como quieren los galiparlistas) de neologismos más o menos bárbaros que se nos viene encima, cada día con mayor violencia?

Todo escritor tiene el derecho, que ya reconocía y proclamaba Horacio, de enriquecer nuestro idioma con voces nuevas, ya hijas de su ingenio, ya tomadas de otras lenguas, cuando la nuestra no posea término adecuado; pero debe acomodarlas a las formas propias del castellano y no a su capricho.

Precisamente corre en estos momentos por la prensa una palabrita recién nacida, como quien dice, y que lleva los estigmas de una generación defectuosa. Esta palabrita es *maremoto*, que algún sabio más o menos intonso sacó de su caletre. El inventor tuvo presente sin duda a *terremoto* (del latín *terrae-motus*), formado con el genitivo *terrae*; pero se olvidó de que el primer elemento de *maremoto* es ablativo, vocativo o acusativo de *mare*, *ris*. Hubiera podido llamar a este fenómeno sísmico *marismoto*, o cuando más, *marimoto*.

No acabaría si hubiera de señalar todas las impropiedades que salen diariamente al paso en periódicos y otras publicaciones de vida efímera. Esta misma condición las hace más nocivas. Pero lo más lastimoso es verlas en libros destinados a la enseñanza. Hace poco leí en una gramática respetable por su volumen y precio, ya que no por su doctrina, el verbo *echar con h* (*hechar*). Tal vez se exuse el autor con las erratas de imprenta, inexcusables en libros de esta índole. En todo caso, no estaba salvado el error en la fe de erratas.

Con frecuencia los mismos escritores que más blasonan de castizos faltan a la propiedad por el afán de exagerar el casticismo, desenterrando palabras arcaicas. Así el célebre P. Mir, en su libro *Hispanismo y barbarismo*, habla del “pomposo *ruído* de los resplandores del sol”, de los “dos bandos que *digladiaban*”, de “*risas carcajales*”, etc., etc.

Como decía el bueno de Maese Pedro, “toda afectación es viciosa”. No debemos perder de vista la regla que nos da Juan de Valdés en el *Diálogo de las lenguas*: “Escribo como hablo; solamente tengo cuidado de usar de vocablos que significan quen bien lo que quiero decir.”

Para esto es indispensable la lectura constante de los buenos modelos, que no faltan por fortuna entre nosotros. Desgraciadamente no son bastante conocidos, pues hasta hace poco no se daba en las escuelas toda la importancia debida a los ejercicios sobre textos verdaderamente literarios, como se practica en Francia y en todos los demás países, en que se cultiva con esmero la lengua nativa.

“Si no nos esforzamos en detener la corriente corruptora, nuestra lengua desaparecerá, dice el señor Robles Dégano, en su “Ortología clásica”, como desaparecieron todas las lenguas que, por incuria y desaliño de los que las hablaban, cayeron de su vigor nativo y clásico.”

Y sería por todo extremo lamentable, porque tenemos una lengua rica, elegante, robusta y armoniosa, la que más se acerca por su fonología al ideal filológico, puesto que casi se confunden en ella la pronunciación y la escritura. Sin exageración, y copiando el elogio de Amicis a la lengua italiana (1), podemos decir de ella que “es hermosísima, riquísima, poderosísima; tan varia que, más que un idioma, parece un conjunto de idiomas; capaz de adoptar infinitas formas y aspectos: susceptible, por su gran flexibilidad, de adaptarse a todos los estilos; única en su aptitud para reproducir la nobleza de los estilos latino y griego; no superada por ninguna en la abundancia del vocabulario y en la viveza del colorido; maravillosa por la inmensa facultad de las metáforas y por la fecundidad de su naturaleza, siempre dispuesta a producir nuevos modos, y enteramente cubierta de nuevos brotes y retoños, como una tierra fertilísima en perpetua primavera; fresca aún en la mayor parte de sus flores y follaje, que cuentan siete siglos de existencia; armoniosa cual ninguna otra del mundo y alabada, admirada y aun envidiada de los extranjeros.”

*Miguel de Toro y Gómez.*

---

(1) *L' Idioma gentile*, pág. 4 (Milán 1906).